

Horacio González, in memoriam

Murió hace apenas dos meses Horacio González, a quien no sería improbable que la memoria colectiva retenga como uno de los intelectuales más formidables de la Argentina. Su estilo era único, y se dividía entre una oralidad que comentaba con delicada amplitud el acumulado de páginas escritas por otras y otros, y un ensayismo que le permitía sembrar las ideas extrayéndolas directamente de una autobiografía intelectual simulada, recubierta por una capa de discreción. En este aspecto, se le podía aplicar la fórmula de Lucrecio, es decir: la de quienes sudan las atormentadas fiebres del mundo vestidos con los trajes de los humildes.

Horacio era distinto y a la vez era uno más, y por eso en sus charlas y sus disertaciones, que sembraba por todos lados, lucía los fraseos del improvisador libre que deja flotando en el aire volutas de pensamientos. Provenían de reuniones imprevisibles entre las cosas, con grupos de ideas que daban la impresión de sorprenderse entre sí. Esto se debe a que de las teorías de moda que giraban por los círculos académicos, él jamás retenía sus ejes centrales, sino apenas la masa escurridiza de sentimientos situados que habían llevado un día a que esas teorías existieran. En realidad, todo el lenguaje lo usaba así, como un rejunte de piezas entresacadas con elegancia de algún fondo marino. En este reposaban las zonas

de las teorías que habían sucumbido al naufragio, sobras con las que urdía nudos delicados entre las ciencias perdidas de los pueblos y sus figuras expresivas faltantes.

Difícilmente estas figuras Horacio las agrupaba en alguna síntesis efectiva; por el contrario, exhibían un dinamismo que las liberaba de las dentadas de los conceptos para dejarlas que se enlazaran por sus extremos menos previstos. Después se entendía: preparaba sus reflexiones macizas apelando a pequeños detalles que generalmente estaban fuera de cuadro. Así, los bostezos de la historia sacudían la vacuidad de la vida, adosando a la forma abstracta de las ideas una materia relampagueante. Esto hacía que en los aularios en los que hablaba, asomara lentamente un paisaje en el que las teorías irrumpían súbitamente, como barcos cargados de piratas saliendo de la niebla de las palabras.

Esos barcos atesoraban en su interior dilemas parecidos a los que él buscaba en el trasfondo de las conciencias que recorrían el peronismo. Ese peronismo suyo tenía siempre el tono de una anterioridad, que si él convocaba a cada momento era porque contenía la totalidad de los dramas de la existencia que le importaban: la lucha armada, el peso astillado de las conciencias, las soluciones precarias del arte de la política y el contraste de los rostros de los humildes en el que se dibujaba siempre un rictus de desamparo. De este preparado tan heterogéneo Horacio no extraía jamás re-

sultados o premoniciones, extraía el doloroso traspatio parlante del izquierdismo de los martirios y las derrotas.

En su calidad de militante perpetuo, esas derrotas sobra decir que las cargaba consigo, aunque matizadas por la elegancia de quien no se sentía a gusto narrándolas en primera persona. Como podrían notar sus lectoras y sus lectores, prefería siempre el “nosotros”, en el que si incluía algún pantallazo autobiográfico no era más que para fijar con un dato del existir cotidiano la memoria flotante de los desesperados. De eso trataban todos sus libros, que tendían con frecuencia hacia el mismo método: el de la autobiografía intelectual que se evapora en el macizo pensante de una trama colectiva.

¿Qué eran, entonces, aquellos libros? Eran arenas movedizas, que provenían de un mundo agrietado en el que el acto de respirar o vivir había equivalido alguna vez al de leer. Entonces no eran meros contenedores de teorías que podían aplicarse verticalmente a cualquier situación, tal como aconsejaba un pedregoso estilo académico de la época, sino las vigas endebles sobre las que se posaba una biografía incompleta, en proceso, a la que si por un lado le faltaba la parte del yo que la desmesura del presente le había arrebatado, por el otro contaba con el relleno de una forma de pensamiento que consistía en extenderse en lo impropio. Por eso los libros eran para él las cifras hablantes de un tiempo, de un lugar, de una edad de la idea.

Pasó la vida hurgando en esos revoltijos con la mirada afligida — pero entusiasta — del gran buceador de restos, que rebuscaba en los escupitajos de la historia los huesos de todas las batallas perdidas. Con esos huesos, portadores de sus propios sentimientos, construyó la última embarcación mitológica de la Argentina. En su interior viajaban recuerdos agolpados y una hilera infinita de nombradías, y en el rejunte había una apuesta, una invitación gratuita al nuevo inicio del pensamiento libertario de la nación. Era una nave de quillas humildes y velas fisuradas, a la que Horacio le hizo los más generosos retoques antes de marcharse y dejarla navegando sin él, como todas y todos deberíamos hacer siempre.

Federico Galende